
El Cordón de Seda

Cuento chino

José Fernández Bremón

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7767

Título: El Cordón de Seda
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 29 de septiembre de 2022
Fecha de modificación: 29 de septiembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

El noble *Chao-sé* era sumamente desgraciado. Sin embargo, su cosecha de arroz había sido abundante; la flor blanca del té se destacaba sobre oscuras ramas en sus frondosos huertos; sus capullos de seda no podían ser más ricos; poseía un autógrafo del Emperador en el cual se leía la palabra *cheon*, ó sea una credencial de larga vida; y por último, había visto dividir en diez mil pedazos el cuerpo de su enemigo *Pe-Kong*, que le había afrentado cortándole la trenza.

¿Por qué, pues, el noble chino había mandado dar de palos al ídolo de *Fó*, cuyo abultado vientre de porcelana yacía en pedazos por el suelo?

Ello es que *Chao-sé* había reñido á su antiguo cocinero al presentarle un perro asado que los convidados hallaban exquisito: había desdeñado una taza de té, no obstante ser *Kyson* legítimo, y no hacía caso del mono á pesar de sus caricias.

—Señores parientes, dijo *Chao-sé* con gravedad, despues de la comida, á tres chinos respetables que le escuchaban puestos de cuclillas en el estrado. Ya sabeis que pretendía presentar á mi hijo en la córte de nuestro celeste soberano.

El orador y sus oyentes inclinaron sus cabezas hasta arrastrar las coletas por el suelo, y hubo que retirar al mono, porque imitó la acción de aquellos graves personajes. *Chao-sé* prosiguió diciendo:

—Mi hijo *Te-kú* no ha aprovechado mis lecciones: no sabe doblar el cuerpo en diez y ocho tiempos ni conoce las fórmulas inalterables de nuestra sábia etiqueta: ha repudiado á la virtuosa hija de *Ling*, cuyos piés caben en cáscaras de

nueces, y asombraos, amados parientes, desafiado por Chung, cuyo honrado cuerpo yace en la tumba, rehusó abrirse el vientre, mientras su adversario espiraba triunfante con el abdomen abierto en toda regla. En esta ignominia, quiero pedir os consejo y me someto á lo que resolvais para salvar la honra de mi casa.

—Debeis, ante todo, desheredar á Te-kú, dijo el pariente más anciano.

—Y repartir los bienes entre nosotros, añadió el segundo pariente.

—Y como la reputacion está perdida, hace falta una víctima: debeis estrangularos para salvar el honor de la familia, repuso el pariente más lejano.

Estas fueron las decisiones del consejo. Chao-sé sintió un tardío remordimiento de haberlo convocado.

II

—¿Qué regalo traéis á vuestra esposa en ese estuche? decia aquella misma noche la mujer de *Chao-sé*, al ver que su marido colocaba sobre un mueble de laca una caja de marfil, cuyos relieves figuraban la revolucion de los gorros amarillos.

—Bella y amada *Tian*, te preparo una sorpresa, contestó con galantería el noble chino.

Tian se incorporó en el lecho y enseñó á su marido dos piés de á dos pulgadas.

—Has sido buena esposa y quiero que te citen en los libros como un modelo de virtudes. Pues bien; el consejo de familia pide una víctima para salvar la honra de mi casa; como tengo un certificado de larga vida escrito por mi soberano, sería una ingratitud y un desacato acortarme la existencia. Por eso te he elegido, amada *Tian*, para que salves nuestro honor con el cordon de seda que encontrarás en el estuche. Creo que me agradecerás esta prueba de distincion y de cariño.

—¡Señor! dijo *Tian* aterrada, no me atrevo á matarme; soy cobarde como una gallina.

—Sosiégate, amada mia; si no puedes matarte, porque eres cobarde como una gallina, haz que te ayude el cocinero.

—Y el noble *Chao-sé* salió de la alcoba despues de dar un abrazo tiernísimo á su esposa.

III

Tian parecía tranquila; el cocinero Kin estaba aterrado.

—Kin, necesitas reposo, decía la primera al segundo.

—Duermo poco, señora, contestó éste restregándose los ojos.

—Debes tener deseos de recoger en la otra vida los premios que te estén reservados.

—Ignoro los que el gran Buda me destina.

—¿Quieres huir conmigo? dijo Tian mirando con voluptuosidad al pobre cocinero.

—Señora... respondió temblando el desdichado.

—Huir de una casa en donde no aprecian tus asados, unirme a mí y ser dueño de mis magníficas alhajas.

Kin besó el suelo para expresar su reconocimiento.

—Evitando la venganza de Chao-sé...

—¡Oh! Sí, exclamó aterrado el cocinero.

—Hay un medio. Tu amo Chao-sé, protegido por una orden del Emperador, vivirá todavía muchos años; durante este tiempo podremos alejarnos de la tierra y perdernos en los espacios.

—No comprendo.

—Es muy sencillo: quiero que me acompañes en este último viaje. Toma el cordon de seda y ahórcate por ahí fuera,

miéntiras reúno mis joyas y me mato; mi cuerpo resucitado irá dentro de un rato á reunirse con el tuyo.

Kin abrió sus oblicuos ojos con espanto: *Tian* le lanzó una dulcísima mirada.

—Adiós, le dijo, no faltes á mi cita; y le puso con suavidad á la puerta, despues de haber rodeado á su pescuezo el lazo corredizo.

Cuando *Kin* salia del aposento de *Tian*, sintió ruido en los corredores.

—Será el mono, dijo, siguiendo su camino muy preocupado, pero quitándose del cuello el suave cordon de seda. Por dos razones no debo suicidarme. Primera, porque no tengo certeza de resucitar en otro mundo. Segunda, porque si resucito, el poderoso *Fó* podrá vengarse rompiéndome en pedazos como he roto su estatua.

Volvió á oirse el ruido: no era el mono, sino *Te-kú* quien lo producía, robando el tesoro de su padre; la ventana del jardín estaba abierta; las alhajas brillaban en un saco.

Kin, indignado, no pudo ménos de reprocharle su accion revelándole el estado en que habia puesto á su familia.

Te-kú le suplicaba cada vez más bajo que callase; pero *Kin* le replicaba cada vez más alto. Por fin, exclamó aquél aterrado y conmovido:

—Dame el cordon de seda: soy el culpable y me corresponde el sacrificio.

Y ciñéndose la fatal corbata, ató un cabo al hierro de la ventana, se colocó el saco á la espalda para los gastos de viaje y abrazó cariñosamente al cocinero diciéndole:

—Aléjate y cierra la puerta, no quiero que presencias mi agonía.

Kin no tenía en él completa confianza, pero no se atrevió á contrariarle. Miéntras bajaba hácia el jardin oyó un fuerte golpe y una especie de quejido.

—¿Se habrá fugado?... exclamó Kin con recelo.

El jardin estaba oscurísimo, pero un cuerpo suspendido se estremecía, y entre las sombras, otra sombra más espesa se balanceaba debajo de la ventana.

—Me he evitado un compromiso, dijo Kin respirando con satisfaccion y acariciándose el pescuezo.

El culpable ya no existe.

Despues entró en su cuarto, llenó de opio la pipa y se durmió sobre su estera.

IV

Al amanecer del siguiente día, los parientes de Chao-sé vestidos de blanco, luto riguroso en la China, se presentaron en casa de éste para rendirle los últimos tributos; pero con gran sorpresa le encontraron también vestido de blanco y en actitud ceremoniosa.

—¿Estais vivo? dijeron indignados los parientes.

Chao-sé explicó entónces sus escrúpulos, el miedo de su esposa, su sustitucion por el cocinero y la expiacion voluntaria de su hijo. Los parientes, despues de una animada discusion, se conformaron.

—Pasemos al jardin, en el que nadie ha entrado todavía, dijo Chao-sé á sus parientes: descolgarémos el cuerpo de ese desdichado.

La comitiva se puso en marcha, y al llegar al lugar de la catástrofe, todos quedaron estupefactos.

Pendiente del cordon de seda, y moviéndose como una péndola, estaba el cuerpo rígido de un mono.

—No es mi hijo, dijo Chao-sé lleno de asombro.

—Señor, yo le vi atarse el cordon al pescuezo, repuso el cocinero: sin duda el mono se ha llevado la forma de vuestro hijo, dejando la suya en la ventana. Aquí hay algo de magia y el divino Fó se venga.

—No tal, replicaron los herederos: es Te-kú el que cuelga de la cuerda: ¿no veis ahí todas las facciones de su padre? Es todo su retrato.

—Pero, exclamaba Chao-sé defendiéndose, reparad ese hocico...

—Es el vuestro, noble Chao-sé, decían los parientes.

—Fijaos, señores, en esas orejas.

—Son las vuestras.

—Reflexionad que hace falta una víctima, le dijeron los parientes al oído.

El noble chino confesó, por fin, que era su hijo, si bien desfigurado.

Se certificó la muerte de Te-kú, se hicieron al monó magníficas exequias, y el consejo de parientes declaró ileso el honor de la familia.

Epílogo

A pesar de la certificación de su soberano, Chao-sé vivió muy pocos meses. Presentóse á recoger la herencia un jóven que dijo ser su hijo, llamarse Te-kú, y haberse fugado de la casa paterna saltando por la ventana del jardin en una noche oscura.

Sometido á los tribunales chinos el asunto, un ilustrado mandarin dictó la siguiente sentencia, que sirve para resolver en China todos los casos semejantes:

«Estando la muerte de Te-kú probada legalmente:

»No habiendo faltado de la casa de Chao-sé en el dia que se cita nada más que un mono, cuyo paradero se ignora,

»Declaro, que si el demandante dice verdad en lo de la fuga, no puede ser otro que el mono;

»Y si ha faltado á la verdad, merece ser ahorcado con el cordon de seda que conservan los parientes del difunto.»

En tal alternativa, optó Te-kú por declararse mono y fué entregado á un saltimbánquis.

Almanaque de la Ilustracion de Madrid, 1872.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.